

**ESTADOS UNIDOS
Y LA «GUERRA 4G»
CONTRA
VENEZUELA**

Rafael González Morales

CONTEXTO
LATINOAMERICANO

DIÁLOGOS
EN CONTEXTO

ocean
sur
O

**Estados Unidos y la «guerra 4G»
contra Venezuela**

Rafael González Morales (La Habana, 1979). Profesor e investigador del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU). Licenciado en Derecho en la Universidad de La Habana (2003) y Máster en Relaciones Internacionales (2006). Ha impartido docencia sobre temas de seguridad nacional en la Especialidad de Análisis de Información. Ha realizado investigaciones sobre la conformación de la política exterior y seguridad de Estados Unidos. Textos suyos han sido publicados en *Cubadebate* y colabora con la revista *Contexto Latinoamericano* de la editorial Ocean Sur.

Estados Unidos y la «guerra 4G» contra Venezuela

Rafael González Morales



una editorial latinoamericana

Derechos © 2019 Rafael González Morales
Derechos © 2019 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-925756-41-8

Primera edición 2019

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com

Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Fundación Programa de Investigación y Estudios Estratégicos Latinoamericanos
• Tel.: 591-2-2782238 • E-mail: fundacionpinves@gmail.com

Canadá: Publishers Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com

Chile: Ocean Sur Chile • Tel.: (56-09) 98881013 • E-mail: contacto@oceansur.cl
• <http://www.oceansur.cl>

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavidavacol@gmail.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu
Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Ecuador: Ediciones Populus • Tel: +593 992871665 / +5932 2907039
• E-mail: info@edicionespopulus.com • www.edicionespopulus.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador: Distribuidora El Independiente S.A de C.V • Tel: 7900 1503
• E-mail: walterraudaes@hotmail.com

España: Traficantes de Sueños • E-mail: distribuidora@traficantes.net

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

Guatemala: Distribuidora de Libros Modernos S.A. • Tel: (502) 2253-8106
• E-mail: gerencia@dlim.com.gt • www.dlim.com.gt

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

Paraguay: Editorial Arandura • E-mail: empresachaco@hotmail.com

Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com

República Dominicana: Editorial Caribbean • E-mail: ecomercial@editcaribbean.com

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com

**ocean
sur**



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur
info@oceansur.com

Índice

A modo de introducción	1
Peligrosa escalada contra Venezuela	3
Guerra de Cuarta Generación	8
La «fabricación» de un mercenario	12
Enviado de Estados Unidos para Venezuela: un ideólogo de las guerras sucias	16
América Latina y las «amenazas» a la seguridad nacional de Estados Unidos	19
La construcción de una «urgente crisis nacional» en Estados Unidos	22
¿Por qué Trump ha convertido a Venezuela y al socialismo en temas de su campaña electoral?	25
El Comando Sur está listo para «proteger» intereses de Estados Unidos en Venezuela	28
Discurso de Trump contra Venezuela: mensajes, amenazas y mentiras	31
A modo de epílogo: Los silencios que condenan <i>Yosvany Montano Garrido</i>	35

Introducción

En estos días, la situación en torno a Venezuela constituye un tema de atención a nivel mundial. Los acontecimientos que están ocurriendo en la nación sudamericana rebasan las fronteras, las ideologías, los idiomas y las culturas para convertirse en un suceso político con implicaciones regionales y globales.

En Venezuela no solo se está definiendo el futuro de América Latina y el Caribe, sino que constituye una prueba de fuego entre dos opciones esencialmente opuestas: la guerra o la paz.

Por lo tanto, desentrañar y evaluar las esencias de lo que está sucediendo resulta imprescindible para estar en condiciones de participar en esta lucha por la defensa de la soberanía y la independencia del pueblo venezolano. Estas páginas pretenden develar cómo se ha fabricado, organizado e implementado desde Washington esta estrategia imperialista contra Venezuela empleando los fundamentos teóricos y prácticos de la guerra de cuarta generación (4G).

El texto evalúa los factores determinantes en la escalada contra Venezuela a inicios de este año y analiza cómo se ha desplegado la guerra 4G. Revela cómo se construyó, financió y entrenó durante más de 10 años a un Guaidó impuesto por el gobierno estadounidense. Realiza una valoración sobre la posibilidad del empleo de la fuerza militar y la posición del Comando Sur de Estados Unidos. Culmina con un análisis del discurso pronunciado por el presidente Trump en la Florida que constituye una muestra de arrogancia imperial y desprecio por la paz.

2 Estados Unidos y la «guerra 4G» contra Venezuela

Si las reflexiones que se encuentran en estas páginas contribuyen a promover el debate, persuadir sobre la importancia de denunciar esta agresión del imperialismo, motivar a que se escriba sobre esta temática desde posiciones de izquierda con un compromiso revolucionario y develar la esencia del comportamiento del gobierno estadounidense ante este tipo de escenarios, entonces, entre todos, hemos contribuido modestamente a la lucha que está librando la hermana República Bolivariana de Venezuela, no solo por su soberanía sino por la independencia de Nuestra América.

Rafael González Morales

Peligrosa escalada contra Venezuela

Los primeros días de 2019 han sido testigos de la creciente escalada imperialista contra Venezuela, que se ha materializado en una ofensiva político-diplomática encabezada por Washington al emplear sus dos mecanismos preferidos para intentar legitimar sus acciones: el Grupo de Lima y la Organización de los Estados Americanos (OEA). El gobierno estadounidense está desplegando con mayor fuerza contra Caracas uno de los componentes esenciales de la doctrina de la guerra no convencional: el intento de aislamiento internacional, lo que se inscribe dentro de la preparación de condiciones y articulación de pretextos para adoptar medidas más ofensivas sin descartar el empleo de la fuerza militar.

La visita del Secretario de Estado Mike Pompeo a Brasil y Colombia, entre el 31 de diciembre de 2018 y el 2 de enero de este año; la reunión del Grupo de Lima el día 4 y la declaración de la OEA el 10 de enero, constituyeron una secuencia de acciones dirigidas a intentar aislar a Venezuela no solo en el contexto regional sino a nivel internacional. Estas maniobras han sido reforzadas con el llamamiento del Departamento de Estado a comenzar la transición de un nuevo gobierno en Venezuela y por las recientes amenazas injerencistas lanzadas el 11 de enero por el Asesor de Seguridad Nacional de Estados Unidos, John Bolton.

El contenido y tono de los pronunciamientos del alto funcionario estadounidense durante su periplo, los documentos

emitidos en las reuniones de los mecanismos hemisféricos mencionados y las declaraciones sistemáticas desde Washington, evidencian el despliegue de un agresivo y peligroso plan que tiene como objetivo inicial el derrocamiento del gobierno venezolano, lo que sería el primer paso dentro de una estrategia de mayor alcance que tendrá implicaciones para Cuba y Nicaragua. Atendiendo al ritmo, contenido y alcance de estas acciones, Estados Unidos está tratando de forzar aceleradamente un «cambio de régimen» en Venezuela, lo que podría conducir a desenlaces de alto riesgo para la seguridad regional.

La visita de Pompeo a Brasil y Colombia fue precedida de un incremento en la retórica del gobierno estadounidense contra Venezuela imponiendo como matriz fundamental la necesidad de establecer un «esfuerzo conjunto internacional» para desconocer el gobierno legítimo de Nicolás Maduro, quien tomó posesión el 10 de enero. Estos pronunciamientos fueron acompañados de una ofensiva de los medios de derecha en la región que difundieron y magnificaron los mensajes de Estados Unidos.

Según las declaraciones de prensa del Departamento de Estado, los encuentros de Pompeo con el mandatario brasileño Jair Bolsonaro y su canciller Ernesto Araujo, estuvieron enfocados en «destacar la importancia de trabajar juntos para manejar los desafíos regionales entre los que se incluyen los gobiernos de Venezuela, Cuba y Nicaragua». Durante el encuentro con el presidente colombiano se insistió también en la supuesta gravedad de la situación venezolana y sus implicaciones para la estabilidad regional. Después de estos intercambios que se centraron en la coordinación de acciones, se imponía ejecutar los próximos pasos previstos para el 4 y 10 de enero, respectivamente.

Los miembros del Grupo de Lima, con excepción de México, emitieron una declaración que, en esencia, se pronuncia por los siguientes aspectos: no reconocer la legitimidad del nuevo período presidencial de Nicolás Maduro; condenar la supuesta ruptura del «orden constitucional y el estado de derecho»; instar a la celebración de un nuevo proceso electoral y promover la presentación de iniciativas en foros multilaterales para coadyuvar al restablecimiento de la «democracia» en Venezuela. Toda esta retórica infundada solo esconde la profunda frustración de ser incapaces de haber logrado el mandato que le encomendó el gobierno estadounidense a ese mecanismo: derrocar la Revolución Bolivariana.

El informe finaliza con un grupo de medidas que evidencian concretamente en qué consiste el plan: reevaluar el estado o nivel de sus relaciones diplomáticas con Venezuela; impedir la entrada de altos funcionarios venezolanos al territorio de los países del Grupo de Lima; elaborar listas de personas naturales y jurídicas con las que entidades bancarias y financieras de esas naciones no podrán operar; restringir el otorgamiento de créditos por parte de los organismos internacionales; suspender la cooperación militar con Caracas; instar a la Corte Penal Internacional para que se investigue la comisión de posibles crímenes de lesa humanidad en Venezuela y promover que la comunidad internacional adopte medidas semejantes.

Por su parte, el Consejo Permanente de la OEA divulgó el 10 de enero una declaración sobre la situación en Venezuela que «coincidentalmente» se enfoca en los mismos aspectos que el pronunciamiento del Grupo de Lima. Destaca en el texto el manejo y la presentación de los argumentos de por qué es necesario «democratizar» a Caracas, lo que resulta de interés atendiendo a que constituyen los pretextos aplicables a cualquiera

de las naciones que el gobierno estadounidense pretende «cambiar su régimen» como los casos de Cuba y Nicaragua.

Los pretextos son los siguientes: el proceso electoral realizado en Venezuela carece de legitimidad por no ajustarse a los estándares internacionales; empeoramiento de la crisis política, social y humanitaria; reaparición de enfermedades infecciosas previamente erradicadas en Venezuela, así como en países fronterizos y de la región como resultado del colapso del sistema de salud venezolano y el éxodo de ciudadanos de Venezuela está planteando desafíos a la seguridad hemisférica al rebasar la capacidad de las naciones del área para cubrir sus necesidades básicas.

Este enfoque distorsionado de la situación de Venezuela que se está promoviendo ante el mundo y la aplicación de un régimen de sanciones como el que proponen el Grupo de Lima y la OEA constituyen una escalada muy peligrosa contra la nación bolivariana. En la concepción e implementación de este plan es evidente que existe un sentido de urgencia en lograr el objetivo fundamental, lo que implicaría la generación de focos de tensión por parte de Estados Unidos y sus aliados que sería la «chispa que pudiera generar un incontrolable incendio que dañaría los intereses nacionales de todos», como afirmó el 2 de enero el Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba, General de Ejército Raúl Castro Ruz.

En la evaluación de esta ofensiva imperialista debemos estar conscientes que las pretensiones van más allá de intentar derrocar el proceso bolivariano. Es evidente el propósito de acelerar también la implementación del denominado «cambio de régimen» contra Cuba y Nicaragua, lo que fue públicamente reconocido el 1 de noviembre por John Bolton cuando afirmó que

Caracas, La Habana y Managua conforman un «triángulo del terror» que Estados Unidos está ansioso por derrotar.

La convergencia de una visión extremista en las estructuras de poder en Washington con la consolidación de los gobiernos de derecha en la región, configuran un escenario que promueve y alienta en los sectores más recalcitrantes de Estados Unidos y las oligarquías nacionales en América Latina la percepción que este es el momento más favorable que han tenido en los últimos años para borrar del mapa político latinoamericano cualquier vestigio de naciones, mecanismos, procesos y movimientos que luchen, se resistan y denuncien el modelo político neoliberal que solo alimenta al capitalismo salvaje y pone en peligro la existencia humana.

El 10 de enero, Bolton emitió una declaración oficial en la que afirmó: «Usaremos toda la fuerza del poder económico y diplomático de Estados Unidos para presionar por la restauración de la democracia en Venezuela», lo que constituye no solo una amenaza sino que el objetivo fundamental es promover la desestabilización interna en la nación bolivariana y crear una situación de crisis incontrolable que les permita justificar el empleo del poder militar que siempre ha estado sobre la mesa como ha confirmado el propio Donald Trump.

Ante este complejo escenario, todas las fuerzas de izquierda y progresistas del mundo deben hacer suyo el llamado de la Red en Defensa de la Humanidad a respetar la soberanía del pueblo de Venezuela, lo que implica denunciar y combatir permanentemente las intenciones, los planes y las agresiones del gobierno estadounidense y sus aliados, quienes han demostrado que no pueden derrotar el espíritu de lucha y la fuerza de las ideas que defienden los pueblos de Nuestra América que están junto a Venezuela.

Guerra de Cuarta Generación

¿Cómo Estados Unidos está combinando los instrumentos de su poderío nacional en su renovada ofensiva contra Venezuela? ¿Es posible que se emplee la fuerza militar? Las respuestas a estas interrogantes nos permitirán comprender con mayor profundidad las particularidades del diseño y la implementación del plan golpista que Washington está desplegando contra el gobierno venezolano, así como determinar en qué medida se concretará una eventual agresión militar.

La intensidad, alcance y nivel de concertación de las acciones que ha estado desarrollando Estados Unidos contra Venezuela a partir de este año, indican que están siguiendo una estrategia estructurada y coordinada para tratar de derrocar al presidente Nicolás Maduro. La forma en que se ha desplegado esta escalada contra Caracas adquiere una renovada agresividad en comparación con momentos precedentes en que Washington ha pretendido acelerar sus planes desestabilizadores contra esa nación en la última década.

El gobierno estadounidense está desplegando con mayor intensidad el instrumento político-diplomático, lo que se ha reflejado en las siguientes acciones multilaterales: declaración del Grupo de Lima, pronunciamiento del Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos, sesión extraordinaria de la OEA para examinar la situación en Venezuela y propuesta de convocar reunión del Consejo de Seguridad de la ONU con el mismo propósito. Estas maniobras, en las que se ha involucrado directamente el Secretario de Estado Mike Pompeo, están dirigidas a intentar el aislamiento de Venezuela en el área y a nivel internacional, lo que ha encontrado receptividad en un grupo de países que se han sumado a las intenciones de Washington.

Este accionar ha estado complementado con acciones políticas como: desconocimiento de la legitimidad del gobierno de Maduro, promoción y reconocimiento de un denominado «presidente interino» servil a sus intereses, llamamientos a comenzar una «transición democrática» en Venezuela, disposición a enviar «ayuda humanitaria» al pueblo venezolano y exhortación a la desestabilización del país. Estas acciones se han reflejado en los recientes pronunciamientos de Donald Trump, Mike Pence y John Bolton.

Paralelamente, se ha empleado el instrumento económico desde la perspectiva de las sanciones, lo que es previsible se refuerce debido a que Estados Unidos valora la posibilidad de afectar las exportaciones de petróleo de Venezuela y un posible embargo de los activos de CITGO, filial estadounidense de PDVSA. Estas maniobras tienen el propósito de limitar la capacidad económica del gobierno venezolano con el objetivo final de generar presión interna que conlleve a descontentos, provocaciones y movilizaciones populares contrarias al proceso bolivariano.

También se ha utilizado con fuerza el instrumento informacional e ideológico como parte de una permanente guerra psicológica desatada por los grandes medios de «desinformación» y plataformas digitales que han posicionado matrices de opinión proyectando a Venezuela en un supuesto «colapso» que pone en peligro la estabilidad de su nación y de la región.

Esta ofensiva evidencia que está desatándose de manera acelerada contra Caracas una guerra de cuarta generación que se encuentra en un punto de no retorno atendiendo a la complejidad de la situación. Por lo tanto, el desenlace final de estos acontecimientos y sus posibles consecuencias permanecen como

interrogantes fundamentales en este momento en lo que tendrá un peso determinante el empleo o no de la fuerza militar.

Dentro de los factores de mayor peligro que inclinan la balanza hacia la posibilidad de una acción armada están: las posiciones de extrema derecha y guerrerristas de los «arquitectos» principales de este plan golpista articulado por el senador Marco Rubio y Bolton; los sistemáticos mensajes al sector militar venezolano para que se sume a las maniobras opositoras y reconozca el gobierno paralelo orquestado e impuesto por Washington; la construcción gradual de un escenario de aislamiento relativo de Venezuela a nivel regional e internacional a partir de que varias naciones se han sumado a los esfuerzos de Estados Unidos y las amenazas de altos funcionarios estadounidense de que «actuarán enérgicamente» si se emplea la violencia contra los opositores.

Todos estos aspectos, combinados con las declaraciones de Trump el 23 de enero, afirmando que «todas las opciones están sobre la mesa», indican que no es descartable que bajo determinadas condiciones se emplee la fuerza militar en Venezuela. En ese sentido, ¿cuáles son los escenarios que podrían configurarse? ¿cuál sería es más deseable para Washington?

Atendiendo a los pronunciamientos de la Casa Blanca y la evolución actual de los acontecimientos, el gobierno estadounidense está priorizando en primera instancia el «escenario de golpe militar interno» que tendría como condición necesaria que sectores dentro del alto mando de las fuerzas armadas bolivarianas retiren su apoyo al presidente Maduro. Uno de los elementos que apunta en esta dirección son las garantías que está ofreciendo la oposición a los militares que se sumen a las maniobras, lo que implica una promoción abierta a eje-

cutar un golpe de Estado. Esta variante es la más deseable para Washington debido a que se presenta como una «solución interna».

El otro escenario sería el empleo de la fuerza militar por parte de Estados Unidos que está dentro de las opciones, aunque tratarán de postergar una eventual agresión armada. No obstante, dada la volatilidad de la situación en torno a Venezuela no es posible estimar hasta qué punto es manejable diferir en el tiempo la aplicación de esta variante debido a que el escenario interno como resultado de todas las maniobras políticas ha llegado a un punto muy delicado de no retorno. En este sentido, Washington al crear y promover esta situación está forzado a buscar una salida y todos los factores indican que es probable que sea por la vía más violenta.

Es un hecho que el proceso bolivariano está enfrentando uno de sus mayores desafíos que impacta directamente en el resto de los gobiernos progresistas de la región. Por lo tanto, la lucha que se libra en Venezuela es decisiva para el futuro de los procesos revolucionarios que existen en América Latina y el Caribe.

La «fabricación» de un mercenario

Los «laboratorios estadounidenses» especializados en construir supuestos líderes políticos están sometiendo a prueba a una de sus últimas creaciones: el autoproclamado presidente interino de Venezuela, Juan Guaidó. Esta «criatura» es el resultado de un plan diseñado e implementado por el gobierno estadounidense desde hace más de 10 años. El objetivo era derrocar al entonces presidente Hugo Chávez, empleando el sector estudiantil venezolano de clase media al que pertenecía Guaidó.

La reconocida publicación estadounidense *The Nation* reveló el pasado 8 de febrero –en un artículo titulado: «Cómo Washington financió la contrarrevolución en Venezuela»– elementos que demuestran la participación del gobierno de Estados Unidos en el financiamiento, organización y entrenamiento del movimiento estudiantil venezolano que no simpatizaba con el chavismo. La investigación es realizada por dos profesores estadounidenses especializados en sociología y política, quienes entrevistaron a organizadores y ejecutores directos de este plan que comenzó en el 2005.

La estructura dentro de la Administración que coordinó esta estrategia fue la denominada Oficina para las Iniciativas de Transición (OTI, por sus siglas en inglés) de la USAID, especializada en los programas de «cambio de régimen», es decir, en el lucrativo negocio de derrocar gobiernos para después apropiarse de sus riquezas y «reconstruirlos» a partir de los estándares de la democracia americana. Esta es la fórmula exacta que están aplicando en Venezuela.

Según revelaciones de Wikileaks, el embajador de Washington en Caracas en el 2006 envió un cable secreto enumerando los objetivos de la OTI en el país suramericano: fortalecer las

instituciones democráticas; penetrar la base política de Chávez; dividir al chavismo; proteger los intereses vitales de los negocios de Estados Unidos y aislar a Chávez internacionalmente. Dentro de este enfoque, se les asignaba un rol fundamental a los estudiantes venezolanos, quienes cumplirían tareas de desestabilización interna a través de manifestaciones violentas en las calles.

Durante la investigación realizada por los profesores estadounidenses, un contratista de la USAID que participó directamente en este plan reveló que «el objetivo era contar con miles de jóvenes que estudiaban en las universidades, que eran idealistas y no querían un presidente con apariencia de indio. Queríamos construir una organización cívica que tuviera capacidad movilizativa, lo que es diferente a protestar».

Otra persona entrevistada confirmó que cuando comenzaron a financiar las acciones «Guaidó pertenecía a estos grupos» y «el movimiento estudiantil creció a partir de nuestro dinero. Eran los líderes potenciales si ocurría un cambio de gobierno y nosotros les enseñamos los primeros pasos».

Por su parte, empleados consultados de la USAID señalaron que realizaban cursos y seminarios enfocados en enseñarles a los estudiantes qué es la democracia, cuáles son sus pilares y qué lenguaje emplear.

Esta capacitación creó las condiciones para que en el 2007, lo que coincide con el año de graduación de Juan Guaidó en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, comenzaran con determinado nivel de organización e intensidad manifestaciones encabezadas por los estudiantes reclutados y entrenados por el gobierno estadounidense que protagonizaron varios eventos provocativos a partir de la decisión soberana del gobierno venezolano de no renovar la licencia de Radio Caracas

Televisión. Con posterioridad a estos acontecimientos, se auto-proclamaron la Generación 2007.

Guidó después de graduado realizó «estudios de postgrado» en el programa de gobernabilidad y gestión política de la Universidad George Washington, lo que constituye un momento importante dentro de su preparación como instrumento para el cumplimiento de los objetivos de Estados Unidos en Venezuela. Después de una intensa preparación en los «laboratorios estadounidenses», apostó por incrementar su activismo y agresividad al participar en protestas durante los próximos años siguiendo las orientaciones impartidas en Washington.

En el 2014, se destacó en las llamadas «guarimbas» que formaban parte de los planes para sembrar el caos, la inseguridad y la desestabilización en Venezuela. Durante una de estas acciones provocativas, Guidó subió un video a las redes sociales donde aparecía con un casco y una máscara de gas durante un enfrentamiento violento con las autoridades policiales.

En las elecciones parlamentarias del 2015, Guidó fue «elegido» como diputado a la Asamblea Nacional con solo el 26% de los votos y posteriormente se convirtió en el presidente de esa instancia siendo una figura desconocida a nivel nacional. ¿Qué explica su acelerado ascenso en comparación con otros miembros de la oposición? El analista venezolano Diego Sequera ha planteado:

Guidó tiene características mestizas comunes como la mayoría de los venezolanos y parece más un hombre de pueblo. Además, no había estado sobreexposto en los medios de comunicación, por lo que podía convertirse en casi cualquier cosa.

Realmente, Estados Unidos lo convirtió en apenas semanas en un presidente autoproclamado que ha solicitado explícitamente la intervención en su país disfrazándola de «ayuda humanitaria». Guaidó solo es un peón del gobierno estadounidense en ese gran tablero geopolítico de alcance estratégico que se llama Venezuela. El papel que está representando al servicio de una potencia extranjera con claras pretensiones de apoderarse de su nación es el resultado de los productos que crean los «laboratorios estadounidenses»: mercenarios dispuestos a sacrificar a su propio pueblo.

Enviado de Estados Unidos para Venezuela: un ideólogo de las «guerras sucias»

El Secretario de Estado norteamericano anunció el 25 de enero la designación de Elliot Abrams como enviado especial de Estados Unidos para Venezuela. Según Pompeo, su misión es «ayudar al pueblo venezolano a restaurar la democracia». Con visible entusiasmo, el designado afirmó que Caracas vive una «crisis profunda, complicada y peligrosa. Quiero empezar a trabajar en esto lo más pronto posible». ¿Quién es Elliot Abrams, qué mensaje traslada esta decisión y cuáles son sus implicaciones en el corto plazo?

Abrams tiene un amplio historial político y una siniestra experiencia en los temas de América Latina y el Caribe. Durante la Administración Reagan, ocupó varias responsabilidades en el Departamento de Estado en su condición de Secretario Asistente, involucrándose directamente en el escándalo Irán-Contra y en la masacre de la aldea El Mozote, en El Salvador. En esta última, escuadrones de la muerte entrenados y financiados por el gobierno estadounidense asesinaron aproximadamente mil personas entre hombres, mujeres y niños. Por su activa participación en estos hechos, se ganó el sobrenombre del «Secretario asistente de las guerras sucias».

Como resultado de las investigaciones del Irán-Contra por el gobierno estadounidense, se determinó que Abrams mintió en dos ocasiones al Congreso de Estados Unidos sobre su participación en esta operación encubierta. Aunque fue procesado y sancionado a dos años de prisión y 100 horas de trabajo comunitario, el entonces mandatario George Herbert Walker Bush le otorgó el perdón presidencial en diciembre de 1992.

Después del fraude electoral en las elecciones de 2000 y con la llegada a la Casa Blanca de Bush hijo, Abrams fue convocado para formar parte de la legión de halcones que concibieron e implementaron las proyecciones belicistas, unilaterales y hegemónicas de la Administración Bush desde el Consejo de Seguridad Nacional. Fue uno de los ideólogos y principales defensores de la guerra en Iraq, así como de las concepciones de los denominados «ataques preventivos» y los planes de cambio de régimen.

Su designación actual fue una decisión estudiada profundamente y que tomó en consideración su experiencia en el caso específico de Venezuela. Abrams se involucró personalmente en la preparación del fallido golpe de Estado contra el presidente Hugo Chávez en 2002. En aquel momento, se desempeñaba como Director Principal para Democracia y Derechos Humanos del Consejo de Seguridad Nacional y –previo a la intentona golpista– sostuvo reuniones en la Casa Blanca con el cabecilla aprobado por Washington, Pedro Carmona, con el objetivo de darle orientaciones y asegurarle el total respaldo del gobierno estadounidense. Por lo tanto, el enviado para Venezuela traslada un mensaje claro: Estados Unidos no favorece el diálogo sino la confrontación, el conflicto y la desestabilización.

Un elemento interesante es determinar cómo fue posible que Trump aprobara esta designación de Abrams, teniendo en cuenta que en el 2017 se opuso a la propuesta de que ocupara el cargo de Subsecretario del Departamento de Estado. La razón principal fue que el ideólogo de las guerras sucias se manifestó contra la candidatura presidencial de Donald Trump, lo que el actual mandatario no perdona. No obstante, se combinaron un grupo de factores que hicieron posible persuadir y convencer a Trump de que Abrams es la persona ideal para «solucionar la crisis venezolana».

Otra vez la tríada Bolton-Rubio-Pompeo demuestra su capacidad de influencia en la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe. Después de la designación de Abrams, el Asesor de Seguridad Nacional afirmó: «complacido de escuchar que mi buen amigo Elliot está de vuelta en el Departamento de Estado como enviado especial para Venezuela. Bienvenido nuevamente a la lucha». Este mensaje de Bolton no solo refleja la naturaleza de sus relaciones personales y coincidencias ideológicas, sino que es un evidente llamado a redoblar la ofensiva contra Venezuela.

Marco Rubio señaló en las redes sociales: «el nombramiento de Elliot Abrams es una gran noticia. Él es un experimentado experto en política exterior con una larga historia de apoyo a la democracia, la libertad y los intereses nacionales de Estados Unidos». Por su parte, Pompeo enfatizó que Abrams es un veterano de la política exterior con principios y mente dura. Los elogios de esta tríada constituyen la principal evidencia de que, en lo inmediato, solo podría esperarse un reforzamiento de las presiones contra Venezuela, la coordinación de acciones de desestabilización interna empleando la violencia como método principal y acelerar los planes para intentar levantamientos armados dentro de las fuerzas armadas bolivarianas.

Abrams tratará de aplicar su manual de guerras sucias contra Venezuela e intentará demostrar que él es la apuesta perfecta para lograr los objetivos de cambio de régimen del gobierno de Donald Trump, no obstante tendrá que lidiar con el permanente espíritu de lucha y rebeldía de los venezolanos que aman su patria y —encabezados por su líder Nicolás Maduro— no permitirán que pretendidos enviados imperiales le arrebaten su compromiso por la construcción de un país como soñaron Bolívar y Chávez.

América Latina y las «amenazas» a la seguridad nacional de Estados Unidos

El pasado 29 de enero se divulgó el informe sobre las amenazas globales a la seguridad nacional de Estados Unidos. El documento elaborado por la Comunidad de Inteligencia de ese país contempla un acápite sobre los supuestos desafíos provenientes de América Latina. El texto fue presentado por el Director de Inteligencia Nacional, Dan Coats, ante el Comité Selecto de Inteligencia del Senado.

Este informe, que se publica anualmente, integra el análisis de las 16 agencias que conforman la Comunidad de Inteligencia de Estados Unidos, que incluye entre las más notorias a la CIA y a la Agencia de Inteligencia del Pentágono. Es un documento que está orientado a identificar y evaluar las principales «amenazas» o desafíos a la seguridad nacional estadounidense. Se estructura en dos grandes acápites: las denominadas amenazas globales y las regionales, en la que se dedica varias páginas a América Latina.

El texto señala que los principales desafíos para los intereses de Estados Unidos en el área estarán vinculados a: economías frágiles, flujos migratorios, tráfico de drogas, «autócratas» antinorteamericanos y el papel de los adversarios que buscarán mayor influencia en la región. Sobre este último aspecto, se refieren directamente a China y Rusia, calificados como competidores estratégicos a partir de sus capacidades en el área política, económica, tecnológica y militar. Con relación a los países que aborda, menciona explícitamente a México, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Venezuela, Colombia y Cuba.

En el caso de México, el informe señala que el presidente López Obrador se centrará en tratar de cumplir con las expectativas que ha creado hacia lo interno del país priorizando el enfrentamiento a la corrupción y garantizar la seguridad. Precisa que la economía permanece vulnerable, lo que podría provocar un lento crecimiento económico. Pronostica que el declive de los ingresos petroleros podría limitar la capacidad del gobierno mexicano para financiar sus ambiciosos planes en materia social y de infraestructura.

Sobre Centroamérica, valora que las altas tasas de criminalidad y el débil mercado de trabajo estimularán flujos de migrantes hacia Estados Unidos desde El Salvador, Guatemala y Honduras. Destaca que la mayoría de los emigrantes perciben que viajar en caravanas le otorga determinado nivel de seguridad. Con relación a Nicaragua, estiman que es probable una profundización de la recesión económica por la que transita ese país. Tanto los problemas estructurales de los países del llamado Triángulo Norte y las complejidades por la que atraviesa Managua están condicionadas en gran medida por las políticas históricas del gobierno estadounidense hacia esas naciones. En el último caso, se despliega una ofensiva para lograr un cambio de régimen.

El tratamiento al tema Venezuela se corresponde con la proyección del gobierno estadounidense de presentar un país en caos. El informe señala que en esa nación ha colapsado la calidad de vida y la inflación ha provocado fuertes presiones económicas internas. Destaca que se ha incrementado sustancialmente la emigración de venezolanos hacia países del área. Señala que en este escenario, la oposición política a Nicolás Maduro ha demostrado capacidad de recuperación, lo que se ha manifestado en los diferentes eventos que han ocurrido el pasado mes de enero.

Sobre Colombia, refiere que el presidente Duque se enfrenta a un acuerdo de paz deteriorado y tratará de detener el incremento de la violencia en los Departamentos rurales de Colombia como resultado del tráfico de drogas. Menciona que otro elemento de preocupación son las tensiones de Bogotá con Caracas, cuestión a la que ha contribuido especialmente Estados Unidos.

Con relación a Cuba, señala que el presidente Díaz-Canel continuará la institucionalización del sistema socialista y un partido único a través de reformas constitucionales. Refiere que el mandatario cubano reconoce que «Raúl Castro constituye la voz dominante en la política». Al margen del lenguaje, enfoque y sentido, las referencias a la Isla indican que están reconociendo estabilidad de la situación interna, cohesión a nivel nacional y continuidad del proceso revolucionario.

Este tipo de informes del gobierno estadounidense constituye una muestra de cómo construyen supuestas amenazas a la seguridad nacional de Estados Unidos para justificar acciones injerencistas y desplegar los instrumentos de su poderío nacional para satisfacer los objetivos de las clases dominantes.

América Latina no constituye una fuente de amenaza para los intereses nacionales del gobierno estadounidense, por el contrario, el principal peligro para el desarrollo de los pueblos de Nuestra América es la permanente política de hostilidad de las diferentes Administraciones que desde Washington diseñan e implementan planes que solo tienen como resultado el incremento de la pobreza, los conflictos, la inseguridad ciudadana, los flujos migratorios desordenados y la desestabilización interna de gobiernos progresistas.

La construcción de una «urgente crisis nacional» en Estados Unidos

El 5 de febrero, Donald Trump pronunció su segundo discurso del Estado de la Unión. Como era de esperar en una hora y 22 minutos realizó 26 afirmaciones falsas, lo que no constituye una sorpresa debido a que el mandatario estadounidense ha convertido la mentira y la manipulación en fundamentos esenciales de su gestión política. Este tipo de alocución se enfoca en los temas de política interna y dedica un segmento a la proyección externa del gobierno estadounidense. Trump abordó con prioridad la situación migratoria y afirmó que Estados Unidos enfrenta una «urgente crisis nacional».

¿Cómo argumentó Trump la existencia de esta crisis? ¿A quiénes proyecta como los principales afectados? ¿Cuál es el propósito de este enfoque? El mandatario enfatizó que los republicanos y demócratas deben trabajar de conjunto para enfrentar esta situación. Explicó que es necesario proteger al territorio estadounidense de la muy peligrosa frontera sur. Realizó un llamado a «mostrarle al mundo que Estados Unidos está comprometido en ponerle fin a la emigración ilegal y sacar del juego a los coyotes, carteles del crimen organizado, así como a los traficantes de drogas y de personas».

Señaló que las caravanas organizadas de emigrantes que arriban a la frontera sur, donde prevalece un «estado sin ley», constituyen una amenaza a la seguridad y al bienestar financiero de todos los americanos. Enfatizó que enfrentar esta situación constituye un deber moral. Dijo que la tolerancia a la emigración ilegal no es un acto de compasión, sino una acción muy cruel. Insistió en que decenas de miles de americanos inocentes mueren por el consumo de drogas letales que entran por

la frontera sur e «inundan» muchas ciudades estadounidenses. Proclamó que ha ordenado el desplazamiento hacia la frontera de 3 500 efectivos adicionales.

Trump precisó que la salvaje banda MS-13 (los llamados maras más violentos) está operando en, al menos, 20 estados de la Unión y casi todos entran a territorio de Estados Unidos por la frontera sur. Dijo que en los últimos dos años, los oficiales del Servicio de Inmigración y Aduanas han arrestado a 266 mil emigrantes criminales, de ellos 100 mil convictos por robo, 30 mil por crímenes sexuales y 4 mil asesinos.

El escenario que describió el mandatario estadounidense refuerza la idea que para este gobierno, los emigrantes son considerados como el enemigo público número uno para la nación americana. En su enfoque se profundiza la criminalización y militarización del tema migratorio, lo que tiene serias implicaciones debido a que en términos prácticos la Administración está librando una verdadera guerra contra los emigrantes con el despliegue de recursos que están concebidos para ser empleados en escenarios de operaciones militares.

Ante la imposibilidad de avanzar en la construcción del controvertido muro, Trump se está construyendo su propia crisis nacional que justifique mantener el tema en el debate público y, en especial, proyectar una imagen de activismo y presentar a los demócratas como los obstruccionistas. ¿A quién está dirigido este mensaje de Trump? Este montaje «trumpiano» está dirigido a lo que considera que sería la clave del éxito para imponerse en las elecciones presidenciales del 2020: la clase blanca trabajadora.

Por esa razón, en el discurso eminentemente electoral identifica a este sector como los principales afectados por la denominada «crisis nacional», lo que se reflejó de la siguiente

manera en su intervención: «los americanos pertenecientes a la clase trabajadora están pagando el precio de la inmigración ilegal masiva debido a que sus opciones de empleo se reducen, tienen menores salarios, las escuelas están hacinadas, los hospitales están tan abarrotados que no pueden atenderse, se incrementa el delito en sus comunidades y su bienestar social se reduce drásticamente». El escenario que se proyecta es que los emigrantes son los principales responsables de los problemas estructurales de la sociedad estadounidense y el origen de todos los males.

El discurso de Trump en el tema migratorio conecta hábilmente con los intereses de la clase blanca trabajadora que en la actualidad constituye la principal base de apoyo a las políticas del mandatario y es el segmento que le garantiza gran parte de ese mínimo por ciento de aprobación que exhibe en las encuestas. Trump está consciente que sin el compromiso de ese sector no le es posible aspirar a la reelección y también conoce que el respaldo no es incondicional sino que está condicionado a mostrar resultados en el área migratoria.

Los estudios realizados sobre las motivaciones políticas de la clase blanca trabajadora indican que sus preocupaciones están enfocadas en los siguientes aspectos: consideran que la principal amenaza a sus intereses son los emigrantes debido a que le reducen el mercado laboral, son portadores de una cultura que socava los valores americanos y promueven la violencia en sus comunidades. Por lo tanto, Trump solamente se limitó a hablar en su mismo idioma y decirles lo que querían escuchar.

¿Por qué Trump ha convertido a Venezuela y al socialismo en temas de su campaña electoral?

El presidente estadounidense Donald Trump ha convertido al «socialismo» en uno de los pilares de su campaña electoral y la situación en torno a Venezuela se inserta dentro de esta lógica de la política interna, lo que constituye una nueva variable muy peligrosa teniendo en cuenta que el vínculo de la nación suramericana con la obsesión de reelección de Trump podría precipitar el empleo de la opción militar. ¿Por qué el socialismo está en el centro del debate electoral? ¿Cómo Venezuela se inserta en este enfoque?

El mandatario estadounidense, experto en construir crisis y noticias falsas —fake news—, ha decidido convencer a los norteamericanos de que el «fantasma del socialismo» recorre Estados Unidos. El 5 de febrero durante el discurso del Estado de la Unión, Trump afirmó: «Aquí, en Estados Unidos, estamos alarmados por los nuevos llamados a adoptar el socialismo en nuestro país».

Con este pronunciamiento, se está inventando una nueva amenaza que hay que combatir, por lo que enfatizó: «Esta noche, renovamos nuestra decisión de que América nunca será un país socialista». De esta manera, Trump está dando un paso significativo en emplear el socialismo como un arma contra algunos de sus posibles rivales demócratas en las elecciones presidenciales del 2020.

Esta estrategia de campaña electoral constituye una reacción a dos aspectos que han cobrado notoriedad en la sociedad estadounidense y tienen a Trump evidentemente preocupado. Una encuesta del 22 de enero de Public Policy Polling, divulgó que en una contienda entre Trump y el «socialista» Bernie San-

ders, este último obtendría la victoria al contar con el 51% de las preferencias contra un 41% del actual presidente. Confirmando estos datos, un sondeo de CNN a finales de 2018, evidenció que los encuestados se inclinaban por Sanders: 55% contra 42%.

Aunque estos datos son suficientes para generar en Trump una «cacería contra los socialistas», su preocupación es mayor cuando se combina con los resultados de una encuesta realizada por la influyente encuestadora Gallup, que determinó que el 37% de los estadounidenses tiene una opinión positiva sobre la palabra socialismo.

En el caso de los jóvenes entre 18 y 29 años, la opinión favorable es de 51% en contraposición al 45% que no lo favorece. Una cifra de alto impacto es que el 57% de los demócratas tienen una opinión positiva sobre el socialismo. A este escenario, se añade que varios políticos en Estados Unidos identificados como socialistas demócratas se impusieron en sus respectivos procesos electorales y están asumiendo responsabilidades en el Senado y Cámara de Representantes a nivel federal, así como en legislaturas estatales y gobiernos locales.

Por lo tanto, Trump no solo está preocupado por esta realidad sino que se siente desafiado y percibe que está obligado a librar una especie de «cruzada contra el socialismo». Este enfoque tiene una dimensión interna dirigida a manipular y sembrar el miedo sobre las supuestas implicaciones de políticas socialistas en la sociedad estadounidense y una dimensión práctica que requiere ponerle un rostro para que sea creíble, lo que ha decidido ejemplificar con Venezuela al presentarla como una «víctima del socialismo», que es el «origen de todos los males».

Es decir, en la lógica electorera «trumpiana» la crisis venezolana es un resultado del socialismo. Trump está «alertando» al pueblo estadounidense de las consecuencias que tendría esco-

ger ese camino. Aunque parezca demasiado simplona y fabricada esta idea, lamentablemente tiene impacto en el imaginario de los estadounidenses que han sido socializados políticamente durante años en la idea que el socialismo representa lo diametralmente opuesto al sistema de valores y creencias occidentales.

Estos elementos explican el contexto interno en el que se coloca la situación en torno a Venezuela, lo que tiene implicaciones muy negativas. En el discurso del Estado de la Unión, Trump le dio entrada a toda su diatriba contra el socialismo utilizando el pretexto de la situación en Venezuela. Esta maniobra sirvió como una especie de conexión, convirtiendo un tema aparentemente exclusivo del área de la política exterior, en un asunto manipulado con propósitos electorales.

Lo más preocupante es que esta retórica sobre el socialismo y Venezuela no está solo a un nivel declarativo, sino que el gobierno estadounidense continúa escalando en su proyección agresiva contra la nación suramericana y está necesitado de mostrar resultados concretos de solucionar la crisis que ellos mismos han provocado.

En ese sentido, la concepción que prevalece en la actualidad y que está desplegándose con claridad es la creación de condiciones de manera acelerada para una agresión contra Venezuela, lo que en la lógica «trumpiana» sería empleada como parte de su campaña electoral. Es evidente que los principales asesores de Trump, con Bolton como protagonista, ya lo han persuadido que «cambiar el régimen» en Venezuela es favorable para su campaña electoral.

El Comando Sur está listo para «proteger» intereses de Estados Unidos en Venezuela

El pasado 7 de febrero el jefe del Comando Sur de Estados Unidos afirmó que están preparados para «proteger a los estadounidenses y a sus instalaciones diplomáticas en Venezuela». Esta declaración es muy preocupante si tenemos en cuenta que el Asesor de Seguridad Nacional de Trump, Jhon Bolton, inmediatamente promovió este pronunciamiento en las redes sociales con el siguiente texto: «como el Presidente ha dejado claro: todas las opciones están sobre la mesa».

¿En qué contexto se realizó este pronunciamiento? ¿Cómo describió la situación en Venezuela el alto oficial del Pentágono? ¿Qué objetivos persigue esta declaración pública?

La afirmación del Almirante Craig Faller se produjo durante una audiencia realizada en el Comité de Servicios Armados del Senado estadounidense. El militar de alto rango planteó que la situación en Venezuela es «terrible» y enfatizó: «el gobierno de Maduro está matando a su pueblo de hambre utilizando los alimentos como un arma». También afirmó que la nación suramericana cuenta con alrededor de 2 mil generales que su «lealtad y protección han sido compradas». Dijo que «los militares venezolanos están muriendo de hambre al igual que su población» y consideró que el pueblo de Venezuela está listo para un nuevo líder.

El contenido y tono de estas declaraciones ofensivas, están en correspondencia con la retórica política antivenezolana que ha promovido la Casa Blanca, el Departamento de Estado y los legisladores estadounidenses comprometidos con los planes de cambio de régimen. Un aspecto significativo es que el Pentágono durante la evolución de la compleja situación en torno a

Venezuela, no había realizado pronunciamientos públicos atendiendo a que cualquier declaración de los militares estadounidenses en un contexto de esta naturaleza constituye un mensaje de alto impacto.

Los pronunciamientos del Almirante Faller constituyen una clara confirmación, más allá de las amenazas de Trump, Bolton y Marco Rubio, que la opción militar no solamente está sobre la mesa, sino que podría interpretarse que existe un plan de contingencia previsto ante un eventual escenario que requiera el despliegue de tropas estadounidenses. Resulta interesante que el jefe del Comando Sur planteó que está preparado, «si es necesario»; lo que indica que solamente está esperando instrucciones.

Durante la audiencia, miembros del Comité de Servicios Armados se sintieron preocupados por los pronunciamientos del Almirante Faller, atendiendo a que el senador demócrata Jack Reed planteó: «el Congreso debe ser consultado si existe algún plan de acción militar más allá del actual plan de evacuación de los ciudadanos estadounidenses y el personal de la embajada». Al parecer, el legislador percibió en el contenido y tono de las palabras de Faller que el Pentágono está contemplando una operación de mayor envergadura de la que estaría explicando durante la audiencia congressional.

Precisamente, el argumento presentado por el jefe del Comando Sur fue que están listos para proteger los intereses de Estados Unidos. No obstante, si evaluamos con profundidad la situación, podemos concluir que este gobierno de Trump «en nombre de preservar la vida de estadounidenses y sus instalaciones en Venezuela» puede fabricar un pretexto —*causus bellis*— suficiente para el empleo de la fuerza militar ante la

conclusión que no existe otra variante para «cambiar el régimen» en Venezuela.

La Administración Trump ha dejado claro que no permitirá la opción del diálogo. El 8 de febrero, Bolton planteó: «no puede haber negociaciones de buena fe con Maduro. Él nunca negociará de esa forma, solo quiere ganar tiempo». El gobierno estadounidense insistentemente está tratando de descalificar al líder venezolano como negociador, lo que persigue el interés de evitar cualquier proceso de diálogo que derive en opciones para salir de la tensa situación.

Para la Casa Blanca la única alternativa que podría satisfacer sus intereses está vinculada directamente al empleo de la vía violenta y ese es el camino que está transitando. Los pronunciamientos del Pentágono continúan enfocados en esa dirección y han llegado a exponer públicamente sus verdaderas intenciones, lo que evidencia que intentan fabricar las condiciones para ejecutar sus planes de contingencia que los pondría en un callejón sin salida de implicaciones impredecibles.

Discurso de Trump contra Venezuela: mensajes, amenazas y mentiras

Donald Trump pronunció un discurso en la Universidad Internacional de la Florida el 18 de febrero como parte del despliegue de su campaña electoral en busca de su reelección en los comicios presidenciales del 2020. Se dirigió a una representación de venezolanos que viven en la Florida y promueven el derrocamiento del gobierno bolivariano.

El espectáculo y montaje político se caracterizó por el empleo de un lenguaje amenazante, agresivo y enfocado en promover que la situación en Venezuela tendrá una salida a corto plazo, aunque haya que utilizar la fuerza. Trump estuvo acompañado por los senadores republicanos Marco Rubio y Rick Scott, así como por el gobernador de la Florida Ron DeSantis, quienes se han involucrado personalmente en el diseño e implementación de acciones dirigidas a desestabilizar a la nación suramericana bajo la premisa de que «todas las opciones están sobre la mesa».

El mandatario estadounidense con este discurso perseguía cuatro objetivos fundamentales: redoblar las presiones contra Venezuela empleando un tono amenazante; persuadir a los militares venezolanos para que traicionen su patria; ganar simpatizantes dentro del electorado venezolano del Sur de la Florida y criticar el socialismo presentándolo como un sistema fallido que no puede tener espacio en Estados Unidos.

Por lo tanto, fue una intervención que cumplía múltiples propósitos tanto en el área de la política exterior como en materia de política interna. ¿Cuáles fueron los principales mensajes de Trump? ¿Qué implicaciones tienen?

Con una fuerte e irrespetuosa retórica, el mandatario estadounidense presentó un escenario de la situación interna en

Venezuela en correspondencia con las líneas de mensajes que han trasladado altos funcionarios de su gobierno y los grandes medios de desinformación occidentales. Fue un ejercicio de mentiras y exageraciones que tuvo el objetivo fundamental de proyectar ante la comunidad internacional una Venezuela sumida «en el caos y la hambruna» por la supuesta responsabilidad de su gobierno. Esta imagen distorsionada de la realidad, Washington considera que es necesario promoverla como elemento legitimador de la denominada «ayuda humanitaria».

Trump afirmó que un «nuevo amanecer está llegando a América Latina» y enfatizó que pronto «este llegará a ser el primer hemisferio libre en toda la historia humana». Aunque el lenguaje grandilocuente está siempre presente en las intervenciones del mandatario estadounidense, estas referencias van más allá de la construcción semántica debido a que evidencian una percepción de que este es el momento para acelerar los planes de cambio de régimen en la región. Las menciones a Cuba y Nicaragua en sus pronunciamientos, se inscriben en este contexto y en ese sentido constituyen una amenaza abierta a ambos países que están sometidos a sistemáticas acciones de coerción económicas y planes subversivos.

Con relación al objetivo final que persiguen en Venezuela, el mandatario estadounidense destacó que están buscando una «transición pacífica», lo que constituye un eufemismo debido a que desde el primer momento Estados Unidos ha apostado por tratar de imponer la desestabilización interna promoviendo la confrontación y rechazando cualquier alternativa para el diálogo.

Posteriormente, Trump mencionó su frase favorita desde hace tiempo para intimidar y amenazar: «todas las opciones están sobre la mesa». Atendiendo a la evolución de los acontecimientos y las maniobras políticas y militares que está desarro-

lando el gobierno estadounidense en la actualidad, la variante del uso de la fuerza se ha convertido en una posibilidad real. A medida que transcurre el tiempo y se mantiene la situación sin una solución visible, Estados Unidos se acerca más a valorar el cómo, cuándo y bajo qué condiciones es factible emplear la opción militar.

En el discurso se insistió en trasladar mensajes a los militares venezolanos, lo que no es novedoso y ha constituido una práctica sistemática del Asesor de Seguridad Nacional, John Bolton y del senador Marco Rubio, quienes a través de las redes sociales a diario promueven el levantamiento contra el gobierno de sectores de las Fuerzas Armadas Bolivarianas. En el caso de Trump, empleó no solo la amenaza sino el chantaje político al plantear que si seguían apoyando a Nicolás Maduro «no encontrarán refugio seguro, no van a encontrar soluciones fáciles y no van a encontrar salidas. Lo perderán todo».

En el contenido y tono de estos pronunciamientos hay una mezcla de frustración, desespero y ansiedad por lograr que los militares que están comprometidos con la Revolución Bolivariana se sometan a las órdenes de Washington, lo que constituye un propósito estratégico a alcanzar desde que comenzaron el intento de golpe de Estado.

Continúan apostando con desesperación a un escenario en que sectores de las Fuerzas Armadas alentados por la compleja situación que vive Venezuela decidan traicionar a su pueblo. Con ese propósito, Trump realizó un llamado a que los militares aceptarán la oferta de amnistía indicada por Washington y trasladada por su títere Guaidó, lo que ha sido un rotundo fracaso.

Esta intervención también tuvo el claro propósito de sumar base de apoyo para Trump dentro del electorado venezolano

que en su amplia mayoría vive en el Sur de la Florida, uno de los estados decisivos en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. El mandatario estadounidense aspira garantizar el voto de los venezolanos-americanos con un enfoque similar al empleado con los votantes cubanoamericanos de línea dura, la confrontación con su país de origen por el simple hecho de haber decidido soberanamente construir el socialismo en el hemisferio occidental, lo que es considerado por este gobierno como un desafío a sus intereses nacionales.

Sobre el contenido del discurso de Trump, solamente se podría coincidir con él en la siguiente frase: «ahora es el momento para todos los patriotas venezolanos de actuar juntos, como un pueblo unido», solo faltaría agregarle: contra la injusta, arbitraria e irracional agresión del gobierno de Estados Unidos y sus aliados.

A modo de epílogo

Los silencios que condenan¹

Los presocráticos usaban túnicas y jamás sospecharon la llegada de Internet. Insistieron, sin embargo, en la importancia de siempre suponer una doble lectura de la realidad. Era importante evaluar los contenidos en un primer momento. Luego, determinar cómo estos se expresaban y qué condiciones eran capaces de recrear. Fueron los primeros en defender un uso sistemático de la reflexión racional. El pensamiento perduró para ellos solo como actividad subjetiva, pero incorporaron al saber occidental importantísimas interrogantes. Dispuesto dejaron para nosotros el espinoso problema de cómo establecer la verdad.

El conflicto político venezolano ha generado en las últimas semanas un volumen creciente de información. No toda aplica, lógicamente, al carácter responsable y ético que debiera ser norma en la gestión editorial de los medios de comunicación, grandes o pequeños. Respiramos ambivalencia. La objetividad se diluye en un tsunami noticioso. Se recurre a un principio de censura por exceso de ruido que legitima la contranarración de argumentos, el empleo de técnicas de marketing, la manipulación de un diverso conjunto de interpretaciones y altera instantáneamente el curso de los acontecimientos y su significado.

1 Publicado por primera vez en *La Jiribilla*, con el título «Venezuela: los silencios que condenan».

Asistimos a un fuego cruzado que implica también el riesgo de la especulación.

El patrón es bastante similar al que se empleó desde 2010 en países como Irán, Libia, Egipto, Siria, Rusia y varias naciones latinoamericanas: formulaciones sociológicas, tecnologías para el control de las subjetividades, psicología de masas, estudios de comportamiento de públicos y medición de expectativas colectivas.

Es peligroso el carácter con que se viene explotando la dimensión cultural en la política. La guerra contemporánea se confirma como una conflictividad en la que se implican, más que armas, sentidos hegemónicos de signo contrario y en invariable enfrentamiento.

El núcleo de la «restauración democrática» que justifican los grandes titulares, disfraza un influjo propagandístico de alcance mayor, con un dilatado radio de actuación ideológica, portador de un enorme poder de movilización y capacidad de conectar las funciones de la sociedad civil con los proyectos que sirven al poder dominante, a sus lógicas, métodos y planes. El adiestramiento en la viralización de voces frescas, la mediatización de las noticias y la colocación al desnudo, desde un ángulo alterado, de las fisuras del adversario, resultan de esta construcción.

En la guerra simbólica, la izquierda posee una reducidísima experiencia y está por ello en una posición desfavorecida. Este singular campo de fuerzas exagera exponencialmente la capacidad narrativa, la dinámica de consenso y el reclutamiento ideológico. Las relaciones de poder y asociaciones que desata, respaldan, establecen y acompañan en la definición y conservación de horizontes políticos al servicio de la dominación. Álvaro García Linera, el teórico y vicepresidente boliviano, ha dicho

que estamos «dando respuestas artesanales ante una batalla altamente industrial», y le asiste enteramente la razón.

A poco más de una década, persistimos en ignorar el algoritmo de la multipantalla. La segmentación cada vez mayor de los mensajes, la diversificación de los canales de transmisión y la complejidad de sus códigos, definen el nuevo eje argumental. Algo muy visible en la naturaleza de la embestida mediática que resiste el chavismo.

La propaganda goebbeliana edifica el recurso antidemocrático negando 24 ejercicios electorales en los últimos años. Ignora el llamado al diálogo de una parte de la opinión internacional y construye la parábola del unánime respaldo a Juan Guaidó. Refuta solo algunos hechos principales y reúne pormenorizadamente los detalles que puede manipular con intención. El discurso audiovisual resta veracidad al incuestionable poder de convocatoria del chavismo, al tiempo que insiste en recrear los llamamientos más reaccionarios. Su único fin es el condicionamiento de atmósferas generales que garanticen la transformación de las personas en papeles secundarios de su propio largometraje de ficción.

Este universo es mucho más rocoso y, ocupados como estamos en el día a día, no lo interpretamos correctamente. El nuevo ciclo reaccionario tiene lugar en medio de una modificación sustancial de los contenidos y la armonía de la democracia burguesa clásica. La judicialización y espectacularización de la política revela sus rasgos principales. Los esquemas se están afectando con premeditación a partir de un movimiento calculado, que se corresponde con una fase emergente dentro del ombligo político del capitalismo neoliberal, pendiente de estudios integrales.

Como en el momento en que Lenin escribió *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, la cuestión económica está haciéndose fundamental. Sin ella no es posible entender absolutamente nada en la apreciación de la guerra y la política actuales. La solución de las tareas inmediatas del movimiento por la revolución social en América Latina depende en gran medida de este punto de partida.

Paralelamente a la reinstalación de alegatos tradicionales de las izquierdas en voz de la derecha —la ética, la corrupción, el bienestar mayoritario, la diversificación de las relaciones económicas—, es sensato detenerse en la agresividad con que vienen suprimiéndose las distancias evidentes entre democracia y dictadura. La historia se está repitiendo, y no precisamente en forma de comedia. Un paisaje similar al de las décadas de 1930 y los años setenta del pasado siglo. Entonces se trató también de correlación de fuerzas, ambiciones geopolíticas, frenos a las corrientes de liberación y conversión de los adversarios ideológicos en enemigos principales como justificante para su eliminación. Entonces no pudimos advertirlo y ahora pareciera que tampoco.

El escenario se complejiza y acentúa su desvanecimiento. El vínculo medios-cultura-política es un nuevo Leviatán. Las nociones mediante las que interpretamos sistemáticamente las dinámicas de la derecha se están reconstruyendo, pero no están estimulando un efecto similar en los predios de su resistencia. La discapacidad de la crítica para ubicarnos frente a nuestros propios errores, el dogmatismo y el aislacionismo, la falta de entrenamiento para interactuar con conflictos esenciales, el carácter electoralista de los programas, nos colocan ante retrocesos que es perentorio remontar. El camino de recuperación tiene

que incluir la devolución del sentido orgánico a la intelectualidad progresista. Extender su campo de lucha y razonamientos, toda vez que acelera su producción simbólica.

Las doctrinas poscoloniales, la epistemología del sur, la teología de la liberación, la educación popular, el pensamiento crítico, el socialismo del siglo XXI, el aclamado posmarxismo, al sobrevalorarse, terminan por jugar al servicio de la dominación. Tienen que encontrar espacios prácticos para confirmarse. Modificar circunstancias concretas, auxiliar el parto de un ejercicio político nuevo, replantear el tema del neocolonialismo y ampliar las categorías que ayuden a superar este intervalo de dispersión que podría volverse pronunciado.

La contracción de los gobiernos progresistas, a la que se suma ahora una derrota muy seria del Frente Farabundo Martí en El Salvador, incrementa las tensiones. El contexto regional se torna más inestable. El Grupo de Lima, las presiones de la OEA, los repliegues democráticos en Brasil, Argentina y Ecuador, la crisis del sandinismo en Nicaragua, insinúan un marco más amplio, difícil y perturbador. Venezuela es la última muralla que impide concentrar todo el tonelaje de recursos para marchar directamente contra Cuba y Bolivia. Detenta además el carácter de espina dorsal para los mecanismos alternativos de integración regional.

El ataque satírico que amplifica errores, señala al funcionariado público y lo vincula al narcotráfico —flagelo responsable de la elevada miseria y la emigración de cientos de venezolanos—, desvía la mirada del mundo hacia la representación típica de la troika burocrática, militarizada y corrupta que Washington está obligado a combatir por mandato providente. Es la repetida justificación panamericanista. Se percibe además la caballería enfilada hacia la acumulación de relaciones econó-

micas de Rusia y China en Latinoamérica, hecho que algunos ignoran por omisión conveniente.

Venezuela está siendo usada para enviar un mensaje contundente en medio del forcejeo comercial. Una presencia estratégica y pragmática que solo en el caso de China arroja ya resultados visibles, traducidos en un comercio bilateral que alcanzó los 307 400 millones de dólares el pasado año y que lo reafirma como el segundo socio comercial de América Latina. Después de la salida de Siria, el agotamiento afgano, la impedimenta de entrar en Irán, es muy lógico comprender el repliegue de Estados Unidos a su «patio trasero».

Este re juego de posibilidades, intereses y capitales se conecta con las claves fundamentales del sistema capitalista. El petróleo persiste como una constante principal. Las acciones de diplomacia pública, el cuestionamiento institucional, la falsa defensa de los derechos de la población, no son más que un ejercicio filantrópico muy barato, que disfraza el hambre de rapiña sobre el patrimonio mineral del país y la región.

La violencia capitalista falsea su proyección. En Venezuela se esclarece la efectividad de la izquierda y su capacidad de influencia, mayor o menor, frente a esa violencia y en la disputa por la hegemonía. No podemos convertir la ecuación en un asunto de cuchillo y tenedor. Distinguir entre la realidad real que vive ese país es, además, desentrañar las formas que está obligada a adoptar la democracia socialista frente al rostro desfigurado, pero rostro al fin, de los poderes financieros.

Una parte de la izquierda se está equivocando mucho, y muy seguidamente. Cambia de bando según soplen los vientos y olvida que «Roma paga a sus traidores, pero los desprecia».

Apostar a Maduro no es perpetuar la negación del modelo del dirigente comunista. Tampoco el comprometimiento con el

militarismo, la burocracia, la corrupción o el totalitarismo, ni el exorcismo del estalinismo tropical. Claramente hay errores tácticos al interior del chavismo de los que podríamos culpar a su dirigencia, pero puestos en una balanza, medidos ante las variables externas que determinan la situación, otras serán las conclusiones.

La retinosis pigmentaria bifurca el pensamiento. Prestarle más atención a las significaciones que a los hechos, no es justamente un acto racional. Niega la existencia objetiva en sus confirmaciones prácticas. Con gran desentrenamiento para la complejidad, se aleja de círculos importantes la perspectiva de hacer revoluciones socialistas de liberación nacional como única solución válida y eficaz a nuestras necesidades.

Más allá de los grandes números, los titulares y las palabras que disputan el entorno de la política, miremos al medio natural en que se desarrolla la vida de los que son los más. Allí, donde se establecen los marcos de la funcionabilidad social, la autonomía y la acumulación de logros y expectativas, es donde hay que ser suficientes en la destrucción de los sistemas de dominación, sus reglas de juego político, su legalidad y sus aparatos ideológicos. Generar cambios radicales que modifiquen en su médula a la sociedad.

Es inaplazable reconsiderar la táctica de plaza sitiada. La resistencia tiene que convertirse en ofensiva y para ello es urgente superar el estribillo que solo propone un horizonte moral y ético superior, y al mismo tiempo coloca la prosperidad y el bienestar desde una representación similar a la capitalista. Esta contradicción raigal convierte al socialismo en una entidad idílica o inalcanzable; juicios y anclajes que no proyectan a una escala histórica ni el panorama clasista ni las pugnas que le son consustanciales.

Las revoluciones no se conforman con ser revolucionarias hasta donde se lo permiten. El ritmo lento de radicalización de los procesos, lejos de estancamientos, arrastra retrocesos. El movimiento histórico no se explica únicamente por la «base económica». Un pensamiento de corte o alcance socialista se resiste a estas trampas manidas del reformismo. Una revolución merece llamarse así solo si supera invariablemente las condiciones, las plataformas, la reproducción esperable de la vida social y material. Ello implica los medios de producción; pero también la eclosión constante de las relaciones humanas, la afirmación de las acumulaciones culturales suficientemente sintetizadoras, la proyección de modos nuevos de entender la vida cotidiana, la reconstrucción de valores y de los imaginarios de la población. Tenemos que ir más lejos, superar el marco del diseño neocolonial y trascender con hechos la construcción social del adversario.

Los sectores populares expresan grados de saturación e inconformidades perceptibles. Una de las causas pudiera descansar en la exaltada personificación de la política que implicó al interior de los movimientos y partidos de izquierda, en el último período, la degradación de prácticas horizontales, ejercicios distributivos del poder más abarcadores y reproducción de formas asociativas más acordes con las redes culturales, la vida comunal y las expectativas de la gente común que van desplazándose en los diversos estratos de la sociedad.

Lógicamente, no se trata de una apuesta por el anarquismo, tampoco de un corrimiento hacia un centro socialdemócrata. El rol del individuo, el papel del líder, los capitales políticos de esas organizaciones, continúan siendo muy importantes, imprescindibles si se quiere. La fragmentación de las bases populares, su distanciamiento con los cabezales políticos, el deslizamiento dentro de la misma izquierda hacia otros cam-

pos de atracción o los rompimientos definitivos, no son aspectos a tratar intempestivamente. En consecuencia, hay que trazar distancias respecto a las expresiones básicas del populismo y el electoralismo latinoamericanos, muy frecuentes desde la pasada centuria y antípodas de los métodos verdaderamente socialistas de gestión del poder y la participación.

Un último comentario. Es preciso dismantelar la idea que presenta la victoria venezolana asegurada a favor del chavismo y también combatir al radicalismo ciego tendente a la confusión y el debilitamiento. Ambas premisas son altamente peligrosas. Impiden actuar de forma coherente, disminuyen la noción del riesgo real y conllevan a enfrentar el fenómeno bajo ópticas que resultan funcionales a la dominación. Los deslindes empiezan a ser sintomáticos. El sacrificio de la reina, en la partida de ajedrez, no impide siempre que se materialice el jaque mate.

No existirá una Venezuela independiente sin el proyecto político del chavismo. No se resolverán de otro modo, a favor de las mayorías, los problemas de acceso a la riqueza, el bienestar y los servicios básicos. Tampoco disminuirán los ya pronunciadísimos niveles de violencia. Hay que oponerse a la insinuación oportunista, falsamente neutral, de los que participan en el coro entreguista.

Las tropas progresistas se encuentran obligadas a reñir con la cortina de humo que se derrama sobre el campo popular. La lucha no puede darse en el marco reducido de las nociones, las alternancias ideológicas, el temor, la incertidumbre y la conservatización del pensamiento social. Todas ellas son propuestas perfectamente estructuradas que le resultan funcionales a la dominación al esquema oligárquico e inducen ritmos y conjugaciones que no afectan el status neocolonialista de la presente situación.

La fuerza política chavista, la misma que dobla en las concentraciones populares a la derecha, está dando la batalla definitiva; asumámoslo sin dramatismos, en pos del socialismo, la centralidad de una nueva política y el horizonte perceptible y en construcción del mundo subdesarrollado. No tendremos segundas oportunidades. El capitalismo neoliberal ha tenido tiempo suficiente para medir potencia, engrasar maquinarias y construir los diagnósticos. La onda expansiva de una derrota de este tipo, retrotraerá las energías a un momento solo comparable con la dispersión que emergió luego del colapso del modelo de socialismo soviético.

El proyecto de cambio de régimen ha incluido hasta la actualidad una pluralidad de instrumentos combinados con el aspecto comunicacional. Está desplegada, además, la opción de una intervención militar. Algunos verbalizan que de no funcionar el acoso mediático y la presión internacional, se llevará adelante mediante ataques quirúrgicos a partir del empleo de tropas aliadas. Se omite el costo de un baño de sangre civil en medio de esta hostilidad para un país de 32 millones de habitantes, portador ya de una elevadísima polarización política y social, y el incalculable costo de introducir el caos en una región que mantuvo distanciamiento de la ola violenta que desde hace años viven África y Medio Oriente.

Universalizamos dimensiones de enfrentamiento, practicamos la solidaridad «como ley primera de los intercambios humanos y las relaciones sociales», o no podremos enfrentar las lógicas más reaccionarias del capital. Fernando Martínez Heredia razonó mucho, al filo de su vida, sobre esas proyecciones. Nuestras razones civilizatorias están forzadas a ser superiores, por su condicionamiento humano y cultural, y hemos de enfrentar estos asuntos sin temores ni retrocesos, procurar esta-

bilidad a los cambios de la liberación y conseguir que el pensamiento social aborde los problemas centrales y se esfuerce por cumplir su función crucial en la realización práctica de la revolución y el socialismo.

Nos venimos preguntado sobre qué es lo mejor para Venezuela. El marco de actuación para un revolucionario en la atmósfera vigente, lo sensato en medio de tanta agitación, es razonar integralmente, llegar a conclusiones, excitar los reaprendizajes, combinar pensamiento y movilización. Muchas preguntas habrá que dejar para luego. Ahora se trata de salir a las calles y al entono virtual a luchar la continuidad de una perspectiva política para el socialismo. No hacerlo, definirá que mañana no tendremos un pueblo dispuesto a reconocer nuestras interrogantes, sacrificaremos a nuestros interlocutores y estaremos solos. Será muy tarde entonces, y el imperio vendrá, con furia única, a por todos nosotros.

Yosvany Montano Garrido



ocean sur

una editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman parte de colecciones como Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista y El Octubre Rojo, que promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

ESTADOS UNIDOS Y LA «GUERRA 4G» CONTRA VENEZUELA

La «guerra de cuarta generación» es una denominación dentro de la doctrina militar estadounidense que comprende guerra de guerrillas, guerra asimétrica, de baja intensidad, guerra sucia, terrorismo de Estado u operaciones similares y encubiertas, guerra popular, civil, el uso malintencionado de la propaganda, en combinación con estrategias no convencionales de combate que incluyen la cibernética y la política.

Distintos componentes de esta doctrina se han puesto en práctica contra Venezuela. Estados Unidos apuesta por un cambio de régimen en un país soberano. Algunos de sus funcionarios hablan incluso de «la reconstrucción», después de la «ayuda humanitaria». Este libro, analiza los principales acontecimientos que han transcurrido como parte de esta peligrosísima escalada contra el país sudamericano.

